

ASESINATO DE JACOBO MURRAY,

REGENTE DE ESCOCIA.

Jacobo Murray, era hijo natural de Jacobo V, rey de Escocia, y hermano consanguíneo de María Stuardo, que nació once años después que él. Jacobo Murray estaba dominado desde muy joven de una idea exclusiva, la del poder, y esta le precipitó en una serie de odiosas intrigas, cuyo objeto manifiesto era el arrancar la corona á su hermana para colocarla en sus sienes. Dedicóse á estirpar las últimas rai-

ces del catolicismo en Escocia, á fin de hacer triunfar allí la causa de la reforma, y es de creer que adoptó este partido como el medio mas seguro de enagenar á María Stuardo, católica y llena de celo por esta religion, todos los corazones.

Habiendo María después de la muerte de su primer esposo, Francisco II, entrado en posesion de sus estados hereditarios, vió casi siempre á su hermano entre sus enemigos.

Afectando considerar como un peligro para el protestantismo el nuevo matrimonio de María con el joven lord Darnley, dirigió Murray su plan á apoderarse de su hermana y de su esposo, y entregar á este muerto ó vivo á la reina Isabel de Inglaterra. Burlado en sus designios Murray,



Asesinato de Jacobo Murray.

á instigaciones de Isabel, se declaró en abierta rebelion, empero no pudo sostener el campo contra el ejército real.

Por último, después del horrible asesinato de Darnley, María con su imprudente matrimonio con el conde de Bothwell, autor de aquel crimen, acabó de enagenarse la mayor parte de los señores escoceses, y fué encerrada en el castillo de Lechleven (1567), donde se vió forzada á abdicar la corona en favor de su hijo, niño todavía, y nombrar regente al conde de Murray, que se presentó á ella y la llenó de ultrajes y maldiciones.

¡Así la ambicion sofoca la voz de la naturaleza, y rompe los mas sagrados vínculos!

En vano logró la reina quebrar sus cadenas, y reunir en torno de su estandarte á sus últimos partidarios. Murray marchó con tropas sobre ellos y los derrotó completamente en la

SEGUNDA SERIE.—1858.

aldea de Langside el 13 de mayo de 1568, y la reina no tuvo mas recurso que buscar un asilo en Inglaterra. Sabido es que allí encontró una larga y penosa cautividad, y después la muerte en un cadalso.

Todos estos sucesos, hasta la fuga de la reina, contribuyeron á consolidar el poder de Murray no menos que á disminuir el valor y el ánimo de los que permanecían fieles aun al partido contrario; empero sucede frecuentemente, que cuando los hombres parecen á punto de tocar el objeto á que han aspirado toda su vida, y que tantas penas les ha costado, entonces ven desvanecerse sus esperanzas de la manera mas imprevista y extraña. Una mano se preparaba á herir al soberbio regente, y dar con tanta mas seguridad el golpe, cuanto que era la mano de un simple particular animado contra él por el resentimiento de una cruel ofensa.

AÑO XVI. 18.

Después de la batalla de Langside, seis miembros de la casa de Hamilton, que habían tomado una parte muy activa en ella, fueron condenados á muerte como reos de traición contra Jacobo VI, y por haber abrazado el partido de su madre.

Esta sentencia, que podía mirarse como poco justa, atendido el estado de división en que se hallaba el país entre María Stuardo y su hijo, no se llevó á efecto, y los condenados á muerte obtuvieron su perdón por la intercesión de John Knox, el apóstol de la reforma en Escocia.

En el número de las personas comprendidas en esta amnistía, se hallaba Hamilton de Bothwell, hombre de un carácter feroz y vengativo. Así á él como á cuantos se hallaban en su caso, si bien se les perdonó la vida, se les impuso por castigo la confiscación de todos sus bienes.

Habíale llevado su mujer en dote una magnífica hacienda, que fué dada por Murray á uno de sus favoritos, que llevó la crueldad hasta la barbarie de hacer salir del castillo de sus antepasados, y poner en medio del campo á esta señora en el momento en que acababa de dar á luz un niño, sin dejarla tiempo de vestirse y precaverse contra el rigor de la estación. Ni su espíritu ni su cuerpo pudieron resistir tan brutal trato: volvióse loca y murió poco después.

Quiso vengarla su marido, no en aquel miserable favorito, sino en Murray, que era la primera causa á sus ojos de aquella desgracia, y á quien sus preocupaciones de familia le hacían mirar y aborrecer como el usurpador del poder supremo, y el implacable opresor de los Hamiltons.

Así que tomó esta resolución desesperada, combinó con admirable sangre fría los medios de llevarla á cabo.

Habiendo sabido que el regente debía en cierto día atravesar por la ciudad de Linlithgow, se introdujo secretamente en una casa desocupada, perteneciente al arzobispado de San Andrés, y delante de la que había una galería que daba á la calle.

Bothwell cubrió con un paño negro la pared del cuarto donde se había ocultado, á fin de que no pudiesen ver desde fuera su sombra, y puso un colchón sobre el suelo para evitar completamente el ruido de sus pasos. Formó una fuerte barricada en la puerta principal de la calle, y para asegurarse la fuga, preparó un caballo de silla en el jardín detrás de la casa, habiendo antes abierto un boquete en la tapia para que pudiese pasar por allí el caballo. Arreglado todo de esta manera, cogió un arcabuz cargado, se encerró en su solitario aposento, y se puso á acechar la llegada de su víctima.

El regente fué advertido por algunos amigos del peligro que corría, si llegaba á atravesar una ciudad donde tenía tantos enemigos, y le aconsejaron que pasase por las afueras, ó al menos que pudiese á buen paso su caballo, sobre todo en el punto del edificio que les parecía mas sospechoso por pertenecer á los Hamiltons.

Pero el regente por un descuido ó una fatal tenacidad que ha ocasionado mas de una catástrofe histórica, desdeñó el seguir este consejo y tomó sin acelerar el paso la calle donde se hallaba apostado su asesino. Sucedió esto el 23 de enero de 1569.

Al llegar enfrente de la galería de que hemos hablado, la muchedumbre de espectadores que obstruía el paso, retardó la marcha de su caballo, y dió así tiempo suficiente á Bothwell para apuntar bien á su enemigo. Hizo fuego

y el regente cayó mortalmente herido con una bala que después de haberle atravesado el cuerpo fué á matar el caballo de un gentilhomme que iba á su lado.

Precipitáronse las gentes que acompañaban á Murray furiosas sobre la casa de donde había salido el tiro; empero Bothwell había tomado tan bien todas sus medidas que antes que hubiesen forzado la puerta, ya se había montado á caballo y escapado por el boquete del jardín. Sin embargo, fué perseguido, y muy de cerca, y á cada instante desaparecía la distancia que le separaba de las gentes de Murray: iba por último á caer en su poder, porque se hallaba rendido su caballo; entonces viendo que ni látigo ni espuelas podían nada con el pobre animal lo pinchó con su puñal, obligándole por el exceso de dolor á dar un salto desesperado para salvar un foso á cuya orilla se detuvieron sus enemigos, y logró así librarse de su persecución.

El asesino se refugió en Francia.

Como el regente de Escocia era protestante creyeron sin duda en París que Bothwell hacía profesión de matar todos los protestantes, y como pasaba por un hombre capaz de los lances mas atrevidos le propusieron asesinar al almirante Coligni: *Podeis contar conmigo*, respondió con indignación, *cuando el almirante me haya ultrajado tan indignamente como lo había hecho el regente*.

Murió Murray en la noche del mismo día en que fué herido, dejando una opinión muy disputada, de demasiado elogiado tal vez por algunos autores, y demasiado vituperado por otros según aprobaban ó condenaban su conducta con su hermana María Stuardo.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

BAHIA DE FUNDY.—Una lengua de tierra elevada, y mas elevada que el interior del país, y designada con el nombre de Montaña del Norte, se extiende á lo largo de la costa como un dique natural y casi rectilíneo sobre una longitud de ciento treinta millas. Hállase separada del interior por la abadía de Santa María, el estanque de Annapolis y el estanque de las Minas, unidos casi entre sí por terrenos bajos formados de aluvión. Esta lengua de tierra está compuesta de una roca particular, dura y sonora y de un verde sombrío, llamada *trapp*, que se divide naturalmente en gruesos prismas verticales, mas ó menos regulares. Al lado del interior, los costados de la masa trappena son redondos; á su fin, abrigado del viento del Norte por la masa misma, presentaba un suelo fértil formado de materiales procedentes de la destrucción de la *trapp* y de la greda sobre la que reposa; suelo adornado de rico cultivo, que ha hecho llamen á los alrededores de Annapolis el *jardín de la Nueva Escocia*.

Por donde quiera, como el pie de la masa trappena se halla combatida por las olas de la bahía de Fundy y por sus mares de sesenta pies de altura, presenta una cara tosca y casi perpendicular. Las junturas naturales que dividen la masa trappena en prismas verticales, son la causa de esta disposición que da á toda la costa de que está formada un aspecto á la vez tan salvaje y tan pintoresco, que las co-

lumnatas basálticas de Stafa en el mar de Escocia, y la calzada de los Gigantes en el Noroeste de la Irlanda, parecen no ser sino elegantes miniaturas en comparacion de aquellas gigantescas costas pendientes que guarnecen las breñas, las que el agua del mar, atravesando el dique trappeno, penetran en el tranquilo estanque de Annapolis, donde una escuadra entera se reiría de las tempestades, preservada por aquella enorme muralla. Bosques espesísimos de pinos cubren la parte superior, y bajan sobre las puntas menos escarpadas de su falda. La vista compara con asombro las dimensiones de los mas grandes buques y las de aquel monumento de la naturaleza; y el coloso de Rhodas sería un juguete bastante ridículo si se colocase á la entrada de aquel gigantesco pasadizo. La continua vegetacion que mantiene la frescura en aquellos cerros y los impide redondearse como las costas que miran al interior del país, les da unos accidentes tan variados como pintorescos.

LEYENDA DE TANCHELM EL HEREGE.

Dentro de un camino tan ancho
todo es provecho para Satanás.
MONSIEUR.

Una bella tarde de primavera, un jóven amberiense volvia de la pesca, llevando en la mano un ramillete que parecia temer marchitar, con tanta delicadeza le llevaba: era una mazorca de esas lindas plantas que crecen al borde de los arroyos, y que ostentan al extremo de sus esbeltos tallos pequeños ramilletes de flores de azul celeste, cuyos redondeados lóbulos parecen un feston de azul alrededor de una aureola de oro: en el Brabante y en Flandes se designa generalmente esta espiga de florecitas bajo el nombre de *hojas de la Santa Virgen*; los holandeses y los alemanes la llaman *no me olvides*. El amberiense, que se llamaba Pedro Vanderheyden, se dirigia á paso precipitado á la calle de las Langostas. Allí estaba situada la casa de Juan Meylem, rico comerciante cordelero, cuya hija Farailda le estaba prometida en matrimonio. Tropezó en la puerta, que se sorprendió encontrar cerrada como un día de gran festividad; no quedaba en la casa mas que un viejo criado que llegó á abrirle.

—¿Estais, pues, solo, Lambert? dijo el jóven pescador. ¿Donde están el señor Meylem y Farailda?

—¡Ay! Pedro, respondió suspirando el anciano, ¿podeis preguntar donde están? la ciudad se pierde de nuevo. ¿Qué dirian San Amando, el buen San Eloy, el digno San Ufillibrord, si Dios permitiese que volvieran entre nosotros? protéjanos la buena Santa Dymmpne y la generosa Santa Walburgue.

—Pero en fin, ¿dónde están? mi pobre Lambert.

—¿No comprendéis, Pedro? han ido al sermón del herege.

—¿Tanchelm ha vuelto á Amberes?

—Por nuestra desgracia.

—¿Y se permite todavía que corrompa al pueblo?

—Todo el mundo corre allá. Dios ciertamente nos abandona.

—¿Predica en el campo de los Flamencos?

—No. Se ha establecido en Wueff, entre los marineros. Allí están, delante de la iglesia misma de Santa Walburgue.

—Corro allá, dijo Vanderheyden.

Pero el anciano le detuvo con una especie de horror.

—¿Iráis también á blasfemar? dijo

—Yo no voy allí por el impostor, respondió friamente Pedro; mas espero que me traeré á Farailda.

—Entonces que Dios sea con vos.

Y el anciano Lambert, habiendo hecho la señal de la cruz, se volvió á encerrar tristemente en la casa de su amo, mientras el jóven corria por la orilla del rio.

Todo el antiguo astillero, que avanzaba como una lengua de tierra en el Escalda, y que hoy que está encerrado en muy pequeño espacio, se llama no obstante todavía el Wueff; todos los anchos muelles en escarpa, toda la plaza que rodeaba la iglesia hoy destruida de Santa Walburgue, el primer templo cristiano edificado en Amberes, todas las calles de los alrededores estaban atestadas de tan espeso gentío, que era casi imposible penetrar allí. El rio estaba cubierto de muchos centenares de barcas llenas de marineros y pescadores que llegaban de todas partes y avanzaban lo mas próximo posible hacia un vasto tablado pintado de blanco y adornado de banderolas, el cual se elevaba en la punta del Wueff apoyado á la vez en la costa y en el Escalda. Enmedio de este estrado, un personaje lujosamente vestido hablaba con vehemencia y prodigaba los gestos mas estravagantes. Era Tanchelm el herege, cuyo nombre estropeado en ciertas crónicas se encuentra alguna vez escrito Tanchelinus en lugar de Tanchelmus; si bien frecuentemente se le ha llamado Tanchelim. El mas profundo silencio reinaba á su alrededor.

Despues de grandes esfuerzos llegó Pedro Vanderheyden á la plaza de Santa Walburgue donde á su pesar vió á Juan Meylem y su hija sentados delante de la iglesia y prestando atencion al discurso de Tanchelm: aunque Pedro no tuviese mas que veinte y nueve años, y aunque hacia diez y nueve que la heregía de Tanchelm progresaba grandemente en Amberes, donde el clero no era bastante numeroso para combatirla, Pedro habia tenido la dicha de quedar puro. Era un jóven bondadoso y callado, que seguia en la sencillez de su corazon la religion de su madre, y que despues de Dios y Nuestra Señora, no amaba en el mundo mas que á Farailda. Habiéndose hecho bastante rico para pretender su mano, no comprendia la felicidad sino en aquella union, y todas las noches encontraba bueno el día si habia visto al objeto de sus pensamientos.

Una compañía de hombres armados, á quienes no podia desunir, le separaban de Farailda. La salud de lejos, apenado el corazon con la especie de atencion que parecia prestar á lo que decia el corruptor. Quiso arrojarla su ramo, pero uno de los guardias le cogió las manos; y habiéndole amenazado con su desnuda espada para imponerle silencio le dijo en voz baja:—No hay mas culto aquí que el del Señor.—Al mismo tiempo lanzo el ramillete de flores sobre el estrado donde se agitaba Tanchelm rodeado de ramos y coronas.

Este Tanchelm, á quien el brillo y el poder rodeaban, era un simple seglar, nacido en Amberes, de gran audacia y malas inclinaciones. No permitiéndole su pobreza satisfacerlos, habia resuelto aprovecharse de la ignorancia del pueblo; y mientras los hombres religiosos, y los hombres

valientes que podían servirle de obstáculo, habían partido para la Tierra Santa, se había hecho él jefe de secta: al punto tuvo compañeros que le dieron apoyo. Poseía el talento de la palabra y cierta elocuencia tosca y animada, que hacía impresion en la multitud.

Comenzó en 1105 sus predicaciones contra lo que él llamaba los abusos de la religión católica; sus relajados dogmas le proporcionaron rápidamente numerosos partidarios en Flandes, las islas de Celandia, Holanda y el Brabante.

Como todos los innovadores, no pedía al principio mas que ligeras reformas; bien pronto trató á las creencias religiosas de estúpidos errores, las acciones meritorias de decepciones, las cruzadas de locuras, los sacramentos de abominaciones. Enseñó que los sacerdotes, los obispos y el papa, no eran diferentes de los mas sencillos ciudadanos; prohibió pagar el diezmo y frecuentar las iglesias. Se anunció en seguida como un profeta enviado por Dios para iluminar al mundo.

Adquirió tan gran crédito que le respetaron como á un soberano. Marchó desde entonces con magnificencia, llevando el cetro y la púrpura, adornada su cabeza con una radiante corona, y rodeado de todo el lujo de los reyes. En vano Godofredo el Barbudo, conde de Brabante y marqués de Amberes, había intentado detener sus progresos. Cuando Tanchelm entraba en los estados de este príncipe, no salía sino escoltado por tres mil hombres armados; y cuando iba á predicar al pueblo, llevaban sus oficiales delante de él desplegado su estandarte; sus guardias tenían la espada desnuda en la mano.

Gustaba del desorden y las orgías; se aprovechaba de su poder para entregarse impunemente á ellas. Estaba en tan gran veneración que el pueblo estúpido compraba como objetos santos las recortaduras de sus uñas, de sus cabellos, de su barba, el agua de sus baños. En caso de necesidad sabía imaginar otros recursos para subvenir á su gasto real.

De 1105 á 1123, había venido así Tanchelm desafiando á sus enemigos y vanagloriándose de sus crímenes. Las costumbres estaban perdidas; la religión desaparecía de Amberes; los hombres del Señor, perseguidos, lloraban en secreto; las mugeres cristianas no se atrevían á abandonar su retiro, cuando un día Tanchelm, habiendo visto á la hija del tribuno de Amberes, quedó prendado de ella y la hizo pedir de vergonzadamente á su padre. La ciudad, desde este tiempo comenzaba á ser administrada por un cuerpo municipal. Tenía regidores, cuyo jefe, que despues se llamó auditor y que hoy es el burgomaestre, se llamaba entonces el tribuno. El anciano magistrado reunió indignado su consejo; despertó los sentimientos de pudor adormecidos. Hizo un llamamiento á los hombres de bien, que salieron á su voz, mas numerosos que se podía esperar; y Tanchelm se vió obligado á huir. Se retiró á Italia disfrazado de monge. Pero al principio del año 1124, acababa de reaparecer en los Países-Bajos, y predicaba en Amberes, mas poderoso, mas audaz que nunca.

Algunas veces, encontrándose sin dinero para sostener su numerosa guardia, había ideado una estratagema que puso en ejecucion la tarde misma en que acabamos de mostrarle sobre su estrado, pocos instantes despues de que nuestro amigo Vanderheyden se viese arrebatado su ramillete. El herege acababa de terminar su arenga con gran satisfacción del pueblo, que prefería su cómoda moral á los pre-

ceptos austeros de los ministros del Señor. Entonces sus oficiales elevaron cerca de él una estatua pintada de la Santa Virgen, mientras que sus guardias colocaban á derecha é izquierda del estrado, seis vastos cepillos puestos al alcance del pueblo que estaba en tierra y de los oyentes de las barcas. Tanchelm levantándose exclamó:

—Escuchad todos y ved. Y vos, Virgen María, prosiguió volviéndose hacia la estatua, os tomo hoy por mi esposa querida.

A estas palabras besó á la estatua en la frente, la puso sobre su cabeza una brillante corona semejante á la suya; luego dijo, dirigiéndose de nuevo á la apiñada multitud:

—Acabo de recibir por esposa muy amada á la Virgen María, á vosotros toca ahora proveer á los gastos de nuestros santos desposorios. Pongan los hombres sus ofrendas en los cepillos que están á la derecha, y las mugeres en los que están á la izquierda. Así conoceremos mi esposa y yo cual de los dos sexos tiene mas amor por ella y por mí.....

Si estos detalles os escandalizan, lectores, no olvidéis que es la pura historia.

Apenas Tanchelm había hablado, cuando todos se apresuraron á llevar su dinero á los cepillos. Cada uno trataba de hacer exaltar su celo. Las mugeres se desprendían de sus collares y pendientes, para dar mas que los hombres, y Pedro Vanderheyden vió con alegría á su querida Farailda arrastrada por su padre, quien vaciaba su bolsa, que no puso nada en el cepillo ante el cual pasó, por mas que Juan Meleym quisiese obligarla á echar en él la sortija que le había dado su novio.

Mas durante este debate, Tanchelm, á quien los padres, como en otro tiempo, ofrecían sus hijas, y los maridos sus mugeres, aunque tenía mas de cincuenta años, el impuro Tanchelm no bien hubo visto á Farailda, cuando la fresca y bondadosa figura de la jóven doncella, sus preciosos cabellos castaños, sus grandes ojos azules, su boca semejante á una rosa, su flexible talle, le sedujeron. Dirigiéndose á Juan Meleym:

—Hermano, dijo.....

A esta palabra del personage á quien él llamaba el profeta, cayó de rodillas el mercader de cuerdas.

—Hermano, añadió el herege, dentro de una hora, Spierinck y Ondaghen (designó nombrando á dos de sus satélites) estarán aquí, en este mismo lugar; les enviarás tu hija, ella vendrá para que yo la bendiga.

Juan Meleym dió un grito de alegría, y prometió fuera de sí, que sería exacto. Cogió del brazo á su hija, la llevó consigo para adornarla, sin dejarla tiempo de decir otra cosa á Pedro que esta palabra lanzada con una voz temblorosa:

—Salvadme.

Los hombres armados separaron de nuevo á Farailda de su prometido. Tanchelm se retiró en medio de sus guardias, precedido de su bandera; y el pobre Vanderheyden, despues de un momento de estupor inesplicable, no sabiendo que apoyo encontrar entre los hombres, se puso de rodillas, haciendo su oración á Santa Walburgue, protectora de Amberes; á San Amando, uno de sus primeros apóstoles, y despues volvió á ganar la calle de las Langostas con el corazón lastimado. Contaba enternecer á Juan Meleym, que le había prometido la mano de su hija. Pero no pudo hablar mas que al anciano Lambert, que con los ojos

encendidos de llorar, arrancaba con dolor sus cabellos canos; porque sabía lo que se preparaba.

—No lo sufriréis vos, dijo á Pedro así que le vió; vais á armar á vuestros amigos.....

—Tengo muy pocos, dijo tristemente el jóven.....

—¡Pues bien! yo os secundaré. Las horas pasan rápidamente; no perdáis de vista á vuestra prometida: ¡que Dios me devuelva por un momento la fuerza de mi juventud!

Al decir esto, el anciano corrió cerca de la muralla, en el convento de San Miguel, á donde acababa de llegar el piadoso Norberto, obispo de Magdeburgo, acompañado de algunos otros señores barones, para intentar poner un término á las iniquidades de Tanchelm.

Mientras que aquel iba á reclamar su apoyo, Juan Meylem salía de su casa con su hija, suntuosamente adornada. Pedro se puso de rodillas á sus pies para cerrarle el paso. Pero el ciudadano arrebatado levantaba sobre él su baston, cuando Farailda se lanzó entre ellos. Estaba pálida y afectada. Hizo ver á Pedro un puñal oculto entre sus vestidos.

—Seguidnos, le dijo rápidamente; y si no podeis salvarme, moriré antes de ofender á Dios y á la Santísima Virgen.

Entonces Pedro se levantó con ánimo. Siguió á la jóven doncella y á su padre hasta la plaza de Santa Walburgue, teniendo alguna esperanza en la adhesión del anciano Lambert, y haciendo un llamamiento á todos los pescadores que encontraba. Spierinck y Ondaghen esperaban con el sable desenvainado en la mano. Así que Juan Meylem les hubo entregado Farailda, le mandaron así como á los demas, que se retirasen. Todo el mundo obedeció; el anciano cordelero se marchó cantando himnos de alegría, solo Pedro se atrevió á seguirla á algunos pasos de distancia, acompañado de dos marineros camaradas suyos, que estaban armados con sus puñales.

Los dos satélites de Tanchelm tomaron por la calle de la Prision, luego la del Queso, y se dirigieron, á través de desiertas callejuelas, hácia la guarida de su amo. Pedro comenzaba á alarmarse no viendo venir ningun socorro. Estaba en medio de la larga calle de la Mosca, siguiendo á Farailda á corta distancia. Cerca de allí estaban las habitaciones de los principales discípulos de Tanchelm, en la calle del Libro, en la calle de los Predicadores, y casi al lado del pequeño palacio del gefe, en el sitio que todavía hoy se llama la Esquina Alegre, en recuerdo de las orgias que allí se tuvieron. Entonces vió venir al encuentro de los dos hombres armados, un anciano de blancos cabellos, vestido con una sobrepelliz, llevando en sus manos una urnita; dos monaguillos iban á sus lados con cirios en las manos; Lambert iba detrás con la cabeza descubierta levantando un pálio en forma de quitasol, y tocando una campanilla. El anciano era el hombre del Señor que nuestros padres han reverenciado despues bajo el nombre de San Norberto; llevaba una reliquia de San Amando.

—¡De rodillas! exclamó Lambert, luego que estuvo á pocos pasos de los dos espadachines.

Pero no respondieron mas que estas palabras:

—¡Abajo el sacerdote!

Y se lanzaban ya sobre el anciano para matarle, cuando los dos marineros conmovidos por la presencia de la santa reliquia, cayeron sobre Spierinck y Ondaghen, les hirieron con sus puñales, y los dejaron inanimados.

Había llegado la noche, Pedro y Lambert, siguiendo en-

tonces al prelado, condujeron á Farailda á una casa de mugeres cristianas, donde pudo en libertad dar gracias á Dios.

Tanchelm sin embargo, no viendo llegar á la jóven doncella, envió en su busca; pero no le llevaron mas que los cuerpos de los dos satélites. Devoró su furor hasta por la mañana. Pero entonces hizo reunir al pueblo, que se aglomeró ante la Esquina Alegre, sobre un gran espacio, terreno movedizo, que hoy es la Esplanada. Bien pronto hubo allí una inmensa multitud; se podían contar allí, según se dice, mas de doce mil personas. El obispo Norberto, los canónigos, el tribuno y los regidores de Amberes, todos los hombres honrados, todos los cristianos que habian permanecido fieles, prevenidos de lo que se preparaba y decididos al fin á levantar la cabeza, habian ido tambien allí.

Casi súbitamente estalló una horrosa tempestad, acompañada de granizo, relámpagos y truenos. Apareció Tanchelm; se aprovechó de la tempestad, que presentó como una señal de la cólera de Dios.

—Ayer, dijo, han arrebatado una jóven doncella que habia sido elegida por mí; han muerto á dos de mis mas queridos discípulos; vengadme ó temblad.

Una parte del pueblo y todos los sectarios de Tanchelm, se pusieron á exhalar gritos de furor. Pero una voz robusta, la voz de Norberto, se elevó sobre el tumulto y dijo:

—Si sois enviado de Dios, probad vuestra mision y os creeremos.

—¿Quién ha hablado? exclamó uno de los satélites blandiendo su pesada espada.

Al mismo tiempo todos los guardias agitaron sus armas.

Pero los que habian venido para obtener satisfaccion al fin del corruptor, hicieron ver que estaban armados tambien. Un silencio grave y sombrío sucedió al punto á los clamores. Una voz replicó con firmeza:

—Pedimos un milagro.

El silencio se hizo mas profundo entre la compacta multitud.

—¡Un milagro! dijo Tanchelm con desvergüenza: ¿no he hecho ya bastantes?

—Tienen razon; exclamó vivamente un hombre que parecia extranjero: si teneis el poder que se os concede, os ofrezco en mí mismo la ocasion de dar de ello las pruebas.

Al hablar así este hombre, subió á una pequeña altura y se dejó ver. Su espalda estaba cargada de una enorme joroba, digna de adornar el lomo de un camello. Unos se pusieron á reir al verle; otros abrian grandes ojos á la expectativa de lo que iba á hacer.

—Lo que pedís, lo concedo, dijo Tanchelm; y dirigiéndose á uno de sus discípulos, añadió:

—Tocad la espalda de ese hombre, y que quede derecho.

El compadre del hacedor de milagros, estendiendo el brazo, tocó la espalda del jorobado: la escrescencia desapareció al punto; enderezándose el hombre contrahecho, se irguió recto y orgulloso. Clamores de entusiasmo estallaron. El extranjero se bajó de donde estaba subido, apresurándose á perderse entre la asombrada multitud; pero se vió rodeado de ciudadanos que exigieron se desnudase, para dejar apreciar mas exactamente el prodigio que acababa de obrarse en él. Se le obligó á quitarse su jubon; y resultó de este registro, que la joroba disipada por Tanchelm era una vejiga inflada.

El pueblo, tan voluble, pareció recibir la luz de repe-

te. El herege palideció como si hubiese previsto su caída.

—Si sois amigo de Dios, le gritaban por todas partes, apaciguad la tempestad que nos amenaza.

En este momento los vientos furiosos se desencadenaban contra la ciudad: las olas del Escalda se elevaban rugiendo, como si hubiesen querido devorar á Amberes. Las débiles embarcaciones abandonadas en el río, parecían á cada instante estrellarse contra la ribera. La multitud arrastró al impostor al Wueff; ya unque no hablaba, sino que suplicaba y confesaba temblando todas sus vergonzosas acciones, el pueblo enfurecido iba á precipitarle en las olas, cuando fué un hombre á arrancarle del peligro. Era el obispo Norberto.

—Dejadle tiempo de arrepentirse, dijo.

Dios quiso mostrar entonces que se apiadaba de Amberes. El santo prelado, vencedor del furor de los hombres, mandó á los vientos y á las olas detenerse tambien. Arrojó su anillo episcopal en el Escalda, y al instante se apaciguó la mar. Todo el pueblo cayó de rodillas. La religion volvió á curar las llagas que habia abierto la heregia. Tanchelm, endurecido en el crimen, se fué á Alemania, donde fué muerto en 1125. Juan Meylem lloró su error. El matrimonio de Pedro Vanderheyden y de Farailda, se celebró en una pequeña capilla dedicada á Nuestra Señora (1), y que ocupaba el sitio en que se admira hoy la magnífica catedral de Amberes.

EL CONDE DE FAERQUER.

SAN FRANCISCO DE SALES

Y EL SEÑOR DE LESDIGUIERES.

San Francisco de Sales es el tipo de la caridad cristiana tomada en su mas grande estension; de esa caridad, segun Jesucristo, que es infinitamente superior á la limosna, á la filantropía, y que llega hasta la confraternidad del Evangelio, hasta aquella abnegacion de sí mismo y de todos sus bienes temporales y espirituales, que hizo heróicos y sublimes los primeros tiempos del cristianismo.

Con igual profusion derramaba sus riquezas en los pobres, la ciencia de Dios en los ignorantes, y el mérito de sus obras en las almas débiles y enfermas.

Comprendía en toda su estension las tristes condiciones de la humanidad: sabia que el que sufre expia, y que en el mundo somos responsables de las faltas de los padres como de las nuestras propias.

Este castigo trasmitido así cual una fatal herencia, ó como una continuacion de transgresiones personales, es unas veces la pobreza real y positiva, y otras la miseria moral: la una pide un óbolo, la otra un poco de fé ó de amor; empero todas mendigas é impías, ó ignorantes, necesitan igualmente de los socorros de aquellos cuyos dias son benditos para soportar la carga de su azarosa vida.

Así aquellos que poseen las riquezas de este mundo ó los

(1) Esta capilla de Nuestra Señora, sin duda habia sido edificada por Godofredo de Bouillon, puesto que la catedral de Amberes reconoce á Godofredo de Bouillon por su fundador.

tesoros de la inteligencia y de la fé, deben aliviar el padecimiento de esos infelices desheredados: esa es su mision en la tierra. No poseen sino para derramar, no han recibido sino para dar libre alegremente segun sus facultades propias y las necesidades de sus hermanos, el pan ó la palabra, el sosten del cuerpo ó el amor que fortifica el alma, la vida de la tierra ó la ciencia del cielo.

Francisco de Sales comprendió su mision, contribuyó en su siglo á apresurar esta revolucion providencial que Jesucristo ha comenzado, y que la Iglesia ha comprobado despues en la doctrina de las *indulgencias* y de la *comunion de los santos*: dogma profundamente cristiano, que la reforma protestante tuvo el inconcebible delirio de rechazar: como si rehusando admitirla no se viese forzada á negar al mismo tiempo la redencion de los hombres por la muerte de Cristo, misterio donde se reasume virtualmente toda la religion del Evangelio.

Francisco de Sales nació en 1567, en el castillo de Sales, cerca de Annecy en Saboya, de una familia noble y rica. Abrazó el sacerdocio en 1593 despues de haber recibido una brillante educacion. La diócesis de Ginebra estaba entonces inundada de calvinistas. Francisco de Sales con sus predicciones llenas de unción y caridad, afirmó á los católicos en la fé, y convirtió multitud de protestantes. Fué nombrado obispo de Ginebra en 1602, y fundó en 1610 la orden de la Visitacion, que de su nombre ha sido llamado *Salesas*. Veinte años dirigió la silla de Ginebra, renunciando las mas altas dignidades eclesiásticas y la pompa cardenalicia. Murió de un ataque de apoplejía, habiendo predicho el dia de su muerte.

El dia de la fiesta de San Juan, estándose vistiendo y aseándose dijo á sus servidores:

—Siento que se debilita mi vista, y esto quiere decir que es preciso marcharse.

Pocos meses despues debia ir á hacer un viage, y le presentaron las botas de camino.

—Me las pondré porque quereis, les dijo; empero, no iremos ya muy lejos.

Se notó que no se levantaba ya para despedir á las personas que venian á visitarle.

Su buen Rolando, eriado que jamás le habia abandonado, se acercó á él y le dijo:

—Monseñor, se va haciendo tarde, y me parece que sería mejor aguardar á mañana para ponernos en camino.

—¿Piensas que estoy malo? responde, y se levantó para ir á su gabinete, y despues le dijo: ¿Rolando, habeis oido predicar al padre Seguivan?

—Si, monseñor, ha recomendado mucho á la reina, que ame á sus servidores.

—¿Y tú, Rolando, me amas mucho?

Rolando no pudo responder, sino con grandes lágrimas. El santo obispo continuó:

—Y yo tambien te amo mucho, pero es preciso amar mucho á Dios, que es nuestro Señor, y único amo.

Y al decir estas palabras cayó herido de una mortal apoplejía el dia 28 de diciembre de 1622.

Entre las grandes, admirables y numerosas conversiones que hizo Francisco de Sales, es la mas notable la que hizo en Grenoble del señor de Lesdiguières, hombre entendido y poderoso. Fué varias veces el santo obispo á su palacio, conversó con él, disipó las dudas de su error, y lo convirtió á

las verdaderas creencias. Francisco de Sales no solo era grande por su vida evangélica, sus virtudes, su amor á la humanidad, sus obras de beneficencia, sino que fué tambien un sabio profundo, un grande escritor. Se ha dicho que el estilo es el hombre, esto podia ser antes verdad, y puede aplicarse á ciertos génios privilegiados que han sabido en las obras confundir al hombre y al escrito. Empero desde que la literatura se ha hecho esclava de la opinion, desde que la lengua envejeciendo ha aprendido á disfrazar el pensamiento en vez de traducirlo, desde que una preocupacion demasiado curiosa y demasiado seria en la forma ha hecho olvidar hasta el fondo mismo de las ideas, puede decirse que el estilo no es mas que la falsificacion del hombre. No hay mas que una conviccion fuerte y desinteresada, no hay mas que la fé religiosa que pueda elevar al escrito sobre todas las preocupaciones mundanas, y dar á su estilo como á su pensamiento aquella sencillez, aquella buena fé que es la conciencia aplicada á la literatura. Comparemos las obras de San Francisco de Sales con los escritos de sus contemporáneos, y veremos que reúne en el mas alto grado toda la naturalidad, todos los acentos de que era susceptible el lenguaje de su época.

Es superior á su siglo todo hombre que rompe las trabas mas en moda que le rodean, y que sin guia, sin modelo, empero obedeciendo á un secreto instinto, á un esquisito sentimiento de la conveniencia, separe los rasgos de lo justo, de lo verdadero, en medio de las nubes del mal gusto que le rodean, y llegue por sus propias fuerzas á un horizonte mas elevado, á una region mas pura. Se ha dicho que los grandes pensamientos vienen del corazon, y podríamos añadir tambien que los grandes estilos.

Como el corazon de Francisco de Sales era de una viva y esquisita sensibilidad, se deja ver y se abre paso por enmedio de la expresion, la anima, la da color, la transforma; comunica á la lengua francesa que escribió un no sé qué de sávia de juventud que no tenia entonces. Estilo particular, excelente en su género, inimitable, y que el gran Fenelon reputaba superior á todas las gracias del espíritu profano. Francisco de Sales fué, pues, un grande escritor, y hoy sus obras son el encanto de los literatos, y el consuelo de las almas que recurren para templar sus dolores á su admirable lectura.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL CUERVO AZUL.

El célebre Jhon James Andwon se ha dedicado con gloria á la descripción de los pájaros mas raros, y despues de haber viajado por todo el mundo, ha dejado la descripción de ellos, mereciendo ser admitido en todas las academias de Europa por los grandes servicios que ha hecho á las ciencias en este ramo. Al volver de la Luisiana para ir á descansar de sus trabajos científicos en Escocia, trajo de la Tierra del Labrador varios ejemplares del pájaro llamado el cuervo azul, cuyas costumbres estudió allí mismo, y al hablar del brillante colorido de sus plumas que le constitu-

yen en una de las aves elegantes, no pudo menos de mencionar sus costumbres crueles y cobardes, y dar de ellas conocimiento á los aficionados á la historia natural.

«Estos pájaros, dice, roban los huevos de las demas aves, y en todas partes manifiestan sus inclinaciones malhechoras. Saquean los nidos y se regalan con los huevos y los polluelos de las demas aves; atacan al débil, temen al fuerte y huyen hasta delante de sus iguales. Un dia seguí á uno de estos pájaros que andaba rondando de nido en nido, con tanta regularidad y orden como el médico que va visitando á sus enfermos.»

Habia comprado Mr. Andwon veinticinco cuervos azules en Leinville, y los habia embarcado en New York con intencion de poblar con ellos los bosques de Inglaterra. Al colocarlos en una gran jaula destinada á trasportarlos, se asombró de la cobardía de todos, porque como los iba trayendo uno á uno, y metiéndoles en la jaula en el mismo orden, notó que á los dos dias todos se ponian alegres, revoloteaban y chillaban como si estuvieran en el bosque, lo que no sucedia con el nuevo, que se retiraba al rincón mas lejano de la jaula, donde permanecía inmóvil lleno de miedo hasta el dia siguiente en que recobraba la confianza y alegría de los otros, comiendo el maíz que le echaban y partiendo el grano en dos pedazos.

Aun cuando comen fruta de los bosques, prefieren la carne fresca de vaca, y sobre todo, la carne de los pájaros es la que mas les gusta. Durante sus emigraciones cuando están libres, los cuervos azules no vuelan á grandes distancias, sino que van haciendo grandes pausas é inspeccionando minuciosamente el bosque y los campos que atraviesan, formando una terrible algarabía de chillidos como los loros. Solamente callan cuando ven un halcón ó un milano que hiende los aires, y entonces toda la bandada queda en silencio y se va deslizando en lo mas espeso de los matorrales, y allí permanecen ocultos y callados. Son enemigos de casi todas las clases de pájaros, porque sorprenden sus huevos y se los comen; empero siempre atacan á traicion, porque es tanta su cobardía como su voracidad. Tienen el pico corto, fuerte, recto, comprimido y acerado. El hueso de su nariz está cubierto de pelos tiesos y erizados; la base es ancha, el cuello corto, el cuerpo robusto, lleno, y todo el interior de sus patas mas cortas, guarnecido de uñas cortantes. Su plumage es suave, sedoso, brillante. Tienen en la cabeza unas plumas largas en forma de plumero; las alas son cortas y la cola está alargada en forma de estrechidad, y se compone de doce plumas redondas con una faja que les hacen sumamente hermosos. El pico y las patas son de un moreno negro; toda la parte superior de un azul turquí subido, purpurino, y brilla con magnífico esplendor. La cola tiene rayadas las plumas trasversalmente de negro y blanco, y á la vista son sumamente hermosas. Su chillido se parece al de los loros silvestres. Estos pájaros, que existen en todos los países de la América, no han podido aclimatarse en Europa, y creemos que es una ventaja, porque hubieran causado muchos daños, muy especialmente en los países en que abundan las perdices y otras aves de que el hombre forma su mas regalado sustento.

MELENDEZ.



El cuervo azul.